

LA PROTESTA

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

La enfermedad y la sociedad

Es un axioma indiscutible en medicina, que una de las causas primordiales de las enfermedades es la sociedad del privilegio y la explotación del hombre por el hombre. Eso no impide que los médicos se aferren a su patente y hagan de la medicina un comercio lucrativo. No es el mero conocimiento de la verdad lo que lleva los hombres a la revolución, es mucho más el sentimiento de rebeldía contra el mal, la injusticia y la esclavitud. ¿Qué importa que para la medicina sea un axioma indiscutible la influencia de la mala organización social presente en la salubridad general, si los que mejor pueden conocer y explicarse esa relación de causas y efectos venden la verdad por treinta dineros? Y esa venalidad no corresponde a casos aislados y raros, sino que es propia del casi 100 por 100 del elemento constitutivo de las llamadas profesiones libres.

Si un día se creyó que la instrucción era capaz de encaminar la humanidad por la vía de su emancipación, hoy tenemos razón suficiente para dudar de ello y para exaltar la pasión por la justicia, el ansia de la libertad, el sentimiento de la solidaridad como factores revolucionarios predominantes. Donde ellos faltan, la instrucción, el conocimiento científico de las causas del mal no determina necesariamente una tendencia a ponerles remedio.

He aquí lo que escribió un médico alemán, J. Funk, sobre la mortalidad infantil en relación a las clases sociales:

“La mortalidad total de los niños de menos de un año es enormemente distinta según la capa social a que pertenecen. En las clases pobres es alrededor de cinco veces más grande que en la clase media. — Como causas de muerte en las clases pobres están la atrofia así como el catarro intestinal y estomacal, en primera línea. — Casi en la misma proporción se conserva la mortalidad de los niños de 1 a 5 años. Más aún: en comparación con las clases acomodadas la diferencia es proporcionalmente mayor. Llega hasta duplicarse. Llama la atención la elevada mortalidad de los niños pobres por escarlatina y tos convulsa y por enfermedades de los órganos respiratorios. De los 5 a los 15 años la mortalidad en relación a las diversas clases sociales es mucho menos desigual que en los dos grados anteriores. La cifra proporcional es de 17 para los niños de familias ricas,

25 para los pertenecientes a la clase media, de 40 para los pobres. — De los 15 a los 30 años, la proporción de la mortalidad es de 12 para los ricos, 27 para los de la clase media y 66 para los pobres. La diferencia en favor de los primeros es, pues, nuevamente mayor. La enfermedad principal de esta edad es la tuberculosis. Ella sola origina casi la mitad de las causas de muerte. En el período de 30 a 60 años, la proporción de la mortalidad es de 62 para los ricos, 86 para la clase media y 136 para los pobres. También aquí está a la cabeza la tuberculosis pulmonar. Mueren de ella 43 pobres por cada 10.000; 15 de la clase media cada 10.000 también y de la clase rica 5,8”.

Es elocuente esta estadística de la influencia de la situación social del hombre en el grado de su mortalidad.

Por ejemplo, la siguiente estadística nos muestra la mortalidad en las familias reales europeas desde 1841 a 1890, frente a la mortalidad de la población del presidio de Waldheim:

	F. reales Varones	P. de Wal.
A los 20 años	40.9	27.4
" 30 "	33.8	23.7
" 40 "	26.7	18.9
" 50 "	19.1	13.0
" 60 "	12.8	8.6
" 70 "	7.6	6.6

Dentro de los factores sociales de la mortalidad está en el primer puesto la habitación; de las condiciones del trabajo no hay que hablar, porque la burguesía no está en el proceso de la producción y por consiguiente no es afectada por las causas de muerte que emanan directamente del trabajo industrial. Y la propia clase media, refugiada en oficinas y en el comercio, tampoco sabe lo que significa respirar el aire envenenado de una fábrica; su vivienda no tiene tampoco comparación con la vivienda proletaria.

Se puede decir que el obrero de nuestros días, el que todo lo produce, el que mantiene en el ocio y en el parasitismo a la burguesía y en parte también a la clase media, vive mucho menos que sus amos, siendo visitado con frecuencia por los padecimientos y enfermedades de toda suerte. Para prolongar la vida de los trabajadores, para que vivan más sanos y alegres, es preciso modificar fundamentalmente la sociedad actual, que engendra la muerte de los desheredados, privándoles de

varios años de existencia. Y ese cambio social no ha de ser ni propiciado ni realizado por los que conocen científicamente las causas del mal que sufrimos, sino por las víctimas de este estado de cosas, por los proletarios.

¿Hacia dónde miraremos que no veamos surgir la necesidad de la revolución social regeneradora?

De todos los tiranos, el dinero es el más cruel, el más inicuo y el más implacable. Siendo el dinero el objetivo supremo del trabajo, éste se ha impuesto en todo su brutal rigor, no ha conocido ni ni equidad, ni humanidad. Ha venido una ciencia que ha explicado que el dinero era un instrumento de trabajo con igual título que la inteligencia y los brazos del hombre y que tenía una parte legítima en el producto del trabajo; esta ciencia ha proclamado que el dinero y el trabajo eran libres desde 1789 y que tenían derechos iguales, un poder igual, y que la oferta del uno corresponde a la demanda del otro, que nada les impide tratar libremente: principios erróneos, fabricados "a posteriori", que han legitimado en este siglo todas las exigencias y las durezas del dinero, que han hecho que se colocaran del lado del dinero todos los poderes públicos, el derecho y la justicia, y han dejado al trabajador, que por instrumento de fortuna no tiene más que sus brazos, sin defensa ni protección.

Fernando MAURICE

La situación en Rusia

Los sindicatos no se presentaron como defensores y guías de las masas obreras, sino como órganos auxiliares de las direcciones de los establecimientos para aumentar la productividad del trabajo. Con frecuencia los sindicatos suplantaban en las fábricas a los órganos económicos dirigentes y muy a menudo ocurre que los trabajadores no saben distinguir entre el comité de fábrica y la dirección del establecimiento.

...Las organizaciones sindicales no supieron separar las exigencias imperiosas de la vida económica de la Unión de los soviets de las de éstos o aquellos órganos económicos, que en su caza a la ganancia no tenían en cuenta de ningún modo las necesidades más apremiantes de la clase obrera...

Aparte de no poder unificar armónicamente esas distintas, pero no contradictorias tareas de la función sindical, no supieron ejercer de un modo satisfactorio la dirección de las masas obreras. En lugar de convencer a las masas, éstas reciben de arriba a abajo las prescripciones; en lugar de guiarlas son sometidas a un comando. El resultado fué la ruptura entre los sindicatos y las masas obreras.

(De *Trud*, órgano sindical bolchevique, Moscú, 17 de octubre de 1925).



La Comisión A, B, C o D—cualquiera—de la Liga de las Naciones en el apogeo de sus luchas por el bien de la humanidad.

LUIS FABBRI

La obra más célebre y rara de Carlos Pisacane

II

Es preciso romper todo vínculo con el pasado y con el presente; de otro modo permaneceremos en la esclavitud, amonesta el pensador y héroe. Su advertencia no fué observada o lo fué sólo superficialmente y a medias. De aquí la perseverancia en Italia de los viejos males, atenuados por un cierto período, recrudescidos después.

Qué es lo que entendió Pisacane por "ruptura de todo vínculo con el pasado y con el presente", eso lo ha explicado ampliamente en el tercer volumen de los ensayos: el que trata de la *Rivoluzione*, y lo dijo más concisamente la víspera de su sacrificio, en el *Testamento*. Pero también en el primer volumen es apuntada la idea aquí y allá, como se ha visto en algún fragmento ya transcrito y como repetía cuando examinaba las causas por las cuales la revolución francesa no consiguió su objetivo:

"Los dolores sufridos indicaban el fin de la revolución francesa: las guerras civiles con que había sido lacerada, los múltiples tiranidismos, los insuperables gravámenes de la edad media condujeron a la unidad, a la igualdad, a la abolición de los privilegios. Pero el derecho de propiedad, eje principal de la antigua sociedad, estaba conmovido, no desmontado; por tanto, los males, bajo otra forma, debían renacer indudablemente: la solidez de un edificio no sufre si, conservando los fundamentos y los muros principales, trátase sólo de cambiar el orden de los departamentos. La unidad también se convierte en tiranía, en usurpación, en privilegio: la igualdad civil en una amarga irrisión, porque la miseria de los más aseguraba al rico aquellos privilegios que la ley había abolido. Ellos (los dominadores) fueron constraídos a emplear la fuerza para sostenerse; la libertad desapareció..." (págs. 87 y 88).

De los dos volúmenes de los "Saggi" todavía desconocidos o casi en Italia, el primero es ciertamente el más importante, y por eso me he extendido sobre él. El segundo, en cambio — *De l'Arte Militare in Italia* — sí puede tener una importancia especial para los cultores del arte militar, para nosotros y para la mayoría del público profano en tal género de estudios es el menos interesante. Y también para los estudiosos de las escuelas militares, el interés que puede tener es casi exclusivamente histórico y documental, porque desde 1850, ciertamente, el arte de la masacre recíproca hizo tan horribles progresos, se han hecho tan monstruosos e imprevistos nuevos descubrimientos de máquinas, de explosivos y de medios de destrucción de toda especie que todas o casi todas las teorías de más o menos un siglo atrás han sido dislocadas y superadas.

Más largamente aun que la historia civil, resumida en el volumen precedente, en este segundo volumen Carlos Pisacane traza toda la evolución del arte militar italiano desde los tiempos de los romanos y antes aun, hasta 1850. Todas las guerras y batallas libradas en Italia son reseñadas a través de las tres edades, antigua, medioeval y moderna.

El que se preguntase cómo Carlos Pisacane, revolucionario y socialista, dedicó tanto tiempo y trabajo en torno a un argumento, del cual parece que habría tenido que huir, debe tener en cuenta dos circunstancias, subjetiva una y objetiva la otra.

Carlos Pisacane, de origen aristocrático como duque de San Giovanni, había sido educado desde niño en el oficio de las armas en el colegio militar de la Nunziatella de Nápoles; y en esos estudios sobresalía. Fué oficial en el cuerpo de técnicos del ejército de las Dos Sicilias, después subteniente en la sección extranjera francesa de Argelia; en 1848 fué capitán en la guerra contra Austria y en el ejército piemontés, y en 1849 coronel de la República romana y uno de los jefes de la defensa. Nada más natural, por tanto, que se extendiese un poco en torno

a un argumento, en cuyo estudio teórico y práctico se había especializado particularmente. Más bien habría que maravillarse de lo contrario; es decir: cómo un hombre tan alejado por nacimiento, por educación y largo ejercicio del mando, del pueblo subyugado, pudo entregarse con tanto ardor a la causa de éste, hasta adelantarse tanto a su época, siendo al mismo tiempo indómito revolucionario en la acción y pensador socialista y anarquista atrevidísimo.

¿Tal vez fué el amor, ese sentimiento irreduciblemente anarquista, que tantas revueltas suscita entre los hombres, el que puso en la vía de la rebelión también al ex paje de la corte real de Nápoles? Probablemente, Pisacane se había enamorado de joven, casi de niño, de una muchacha de su edad, que al salir del colegio encontró esposa de otro hombre. El amor se sobrepuso y venció todas las convenciones sociales; y el joven duque, poco tiempo después, se escapó al extranjero con su elegida. En el camino áspero y doloroso del destierro, entonces, conoció la verdad y se consagró a la causa de la libertad.

Pero no divaguemos... La razón objetiva, por la cual Pisacane continuó ocupándose de estudios militares, fué que la revolución tenía entonces necesidad y, por lo demás, lo tendrá también en lo sucesivo, no sólo de hombres de pensamiento, de conspiradores, de rebeldes por impulso, sino también de hombres de guerra. La revolución es casi siempre una guerra también, o se vuelve tal en poco tiempo. Eso es lo que Carlos Pisacane apunta en las dos primeras páginas de este segundo ensayo, en donde se muestra escéptico respecto a la previsión de la desaparición de todas las guerras, y afirma que de cualquier modo el fin de las guerras no se alcanzará hasta que todos los diversos pueblos y clases hayan llegado a un suficiente equilibrio de intereses y que a tal equilibrio no se llegará sin guerra.

"Mientras Europa — decía él desde primeros de 1857 — esté en poder de tres o cuatro despotas sostenidos por una selva de bayonetas, mientras en Europa la décima parte de los habitantes viva disfrutando en la opulencia, mientras nueve décimas partes vivan produciendo en la miseria, hablar de paz perpetua (hablo a los señores del comité de la paz) es inútil hipocresía." (Saggi storici, etc., Vol. II (págs. 7 y 8).

Ciertamente, hay también en este libro afirmaciones e hipótesis que hoy serían discutibles; pero el lector debe tener siempre presente la advertencia de no considerar este volumen como constituyendo parte independiente, sino de ponerlo en relación con los otros volúmenes, especialmente con el tercero y el cuarto — bastante conocidos del público italiano — el cuarto, sobre todo, en donde Pisacane estudia el problema de una ordenación militar que no esté en contraste con el principio de libertad o que contraste lo menos posible con él y que no pueda convertirse en instrumento de opresión en manos de una eventual dictadura surgida de una revolución. De esta parte de la obra de Pisacane me ocupé, y hoy el tiempo no me consentiría repetir (Dictadura y revolución, en una de los últimos capítulos que se ocupa de la defensa militar interna y externa de la revolución). Basta referir una de las conclusiones que llega Pisacane.

"La esclavitud de las naciones modernas, reaparecida más terrible después de sangrientas revoluciones, tiene su origen en la constitución militar poco armonizadora con la civil; por consiguiente, es un error fatal tratar con demasiado ligereza el ordenamiento del ejército, y para doblegarse a algunas exigencias momentáneas, echar bases falsas, sobre las cuales, luego, se informará todo el edificio, pues la constitución civil, al alejarse, engendra aquel desacerdo, aquel abatimiento en que cobra fuerza inmediata la tiranía." (Vol. IV, pág. 154).

Pero, para volver al segundo volumen que es el que más me interesa, porque es el más desconocido, también en él mani fiesta alguna vez Pisacane sus tendencias socialistas y libertarias. Ante todo, muestra cómo los ejércitos más victoriosos y vigorosos hablaron del pueblo romano cuando todavía no lo habían corrompido las riquezas y no se habían distanciado tanto en él las clases sociales. Por estas razones el ejército del imperio fué muy inferior al de la república. Así las organizaciones militares surgidas en la edad del feudalismo fueron un enorme regreso sobre las organizaciones romanas; y el heroísmo de las tropas republicanas de las Comunas fué de breve duración, porque la sed del oro, el mercantilismo y los egoísmos municipales abrieron pronto el paso a las señorías, a las armas mercenarias y a las compañías de aventura, las últimas de las cuales, transformando la guerra en un arte en sí, hicieron ciertamente recorrer a Italia una brillante carrera militar, tanto que Pisacane dice que la verdadera escuela de guerra italiana se formó por los aventureros del siglo XIV (pág. 102); pero acabaron, con sus vergonzosas ventas, siendo un instrumento de opresión más en manos de los tiranos del país y del extranjero.

Ni la adopción de las milicias locales o nacionales fué un progreso, al menos en los resultados. Italia decayó militarmente al decaer políticamente desde el 500 en adelante. Sólo en Piemonte perduró una fuerza militar ilustre; pero al constituir un feudo, la falta de un verdadero sentimiento nacional, por lo cual su ejército, ligado sólo a la dinastía ducal, tomaba parte ya por un extranjero ya por otro, adquiriendo fama de fe dudosa, hizo que se pudiese obtener poco beneficio de sus milicias nacionales. Estas, apenas se presentaron en los confines las jóvenes cuadrillas de la revolución francesa, fueron derrotadas; y los franceses permanecieron dueños y árbitros del territorio piemontés de ahí.

Pisacane dedica algunas páginas al resurgimiento del arte militar bajo el impulso de la revolución francesa; pero se ocupa casi exclusivamente de su parte técnica o, mejor dicho, profesional. Dice, verdad, cuánta ventaja sacó del arte de combatir y de vencer del espíritu de libertad, pero no cuánto perdió el espíritu de libertad con el desarrollo enorme del militarismo. Pero en el estudio de su argumento no se vuelve parcial por espíritu de adepto. Nota los errores y los horrores de los ejércitos republicanos y revolucionarios (es decir, también por lo que se refiere a los hechos de guerra de las revoluciones italianas posteriores) y no oculta los méritos y las ventajas de los propios ejércitos reaccionarios. Al fin del volumen se alude a los desastres y a las vergüenzas militares de la guerra italiana de 1848, que se cerró con la fatal Novara. Y el libro termina con la reflexión que la disciplina no es lazo de unión bastante fuerte para tener compactas las filas de un ejército en guerra; la soldadesca no tiene ningún valor si combaten por intereses no comprendidos y serían invencibles si combatesen por una causa sentida y popular" (Saggi storici, etc., vol. II, pág. 11).

He querido extenderme deliberadamente un poco sobre estos volúmenes menos conocidos de Pisacane, para que su rareza y la dificultad de que sean reeditados íntegramente y pronto — cosa que no caería de utilidad para los estudiosos — queden compensados de algún modo para nuestros lectores. Por otra parte, el conocimiento de la obra de Pisacane, incluso en las partes que hoy menos obtendrían el asentimiento de los revolucionarios, o que les dejarían fríos e indiferentes, es necesario, para abarcar la figura de aquel pensador y héroe en toda su extensión y complejidad. Indudablemente, Pisacane puede figurar, en su notable libro sobre la "Revolución", entre los primeros teóricos del

socialismo anarquista; pero es preciso recordar que escribió en 1850, y en Italia. No se puede exigir, por tanto, que haya en sus libros la misma armonía y concatenamiento lógico que el anarquismo alcanzó en los cincuenta años sucesivos de desarrollo. Menos desigual y más orgánico que el mismo Proudhon, Pisacane permanece, sin embargo, el hombre de su tiempo y, por consiguiente, no está exento de algunas contradicciones y de algunas exageraciones, que hoy no se comprenderían ya.

Hay que hacer otra advertencia: los cuatro volúmenes de los *Saggi* no fueron revisados y acabados por Pisacane, como habría deseado ciertamente. Son un primer esbozo; y muchas expresiones pueden ser inexactas, independientemente de la voluntad del autor. El anónimo, que escribió el prefacio de aquella primera y única edición, dice, efectivamente, en cierto punto: "La obra que aquí se publica quedó inacabada y en parte enteramente desordenada... El autor no le dió el último retoque, y en muchos lugares lo dejó (el libro) de tal modo que no siempre nos es posible desenmarañar el sentido y el razonamiento, de manera que pudiésemos afirmar con segura conciencia que percibimos el sentido e interpretamos justamente el pensamiento del autor" (Saggi storici, etc., vol. I, pág. 15).

En este punto se presenta espontáneamente la pregunta: ¿y dónde estarán los manuscritos del libro de Pisacane, ¿han sido confiados a alguna biblioteca o museo, o han quedado en manos de personas privadas? ¿y de quién? ¿Sería posible consultarlos? Responda el que pueda.

De los otros dos volúmenes, que son ciertamente los más importantes, como hemos dicho ya — el relativo a la revolución y el que se refiere a la nación armada — si tuviera que hablar diría mucho más de lo que he dicho hasta aquí. Pero si lo hiciese verdaderamente llevaría vasos a Samos y murciélagos a Atenas, porque antes que yo han hablado otros repetidamente de esos dos volúmenes, y esos volúmenes han sido reeditados y muy difundidos, citados en largos fragmentos, en libros, folletos y periódicos, y yo haría ciertamente una inútil repetición. Además, como he dicho más arriba, tal vez las circunstancias actuales no me permitan una tal repetición, por útil que fuese.

Aquellos dos volúmenes, y más especialmente el tercer ensayo sobre la "Revolución", deben, por lo demás, ser leídos íntegramente; y los lectores harán bien en procurárselos, y mejor aun si algún editor los reeditase. Se han vuelto de actualidad, especialmente después que la revolución rusa ha puesto de nuevo en el tapete el problema de la dirección práctica de la revolución. El concepto anarquista, es decir: antiautoritario y antidictatorial de la revolución halla en los libros de Carlos Pisacane un validísimo apoyo y las más sólidas argumentaciones.

P. S. — Había escrito y enviado lo que antecede cuando he podido consultar la colección de la revista "L'Italia del Popolo" de Laussana, dirigida por Mazzini en los años 1849-50. Son doce cuadernos reunidos en dos volúmenes, y contienen muchos escritos de Mazzini, todos conocidos por haber sido publicados más de una vez, pero hay allí también otros artículos de otros autores, crónicas, bibliografía, recuerdos históricos, documentos, todos de mucho interés.

Carlos Pisacane fué asiduo colaborador de esta revista; en nueve cuadernos, de los doce que salieron, hay escritos suyos. Pero, contrariamente a lo que yo creía, tales escritos son de argumento exclusivamente militar, aunque estén concebidos desde un punto de vista revolucionario. Además, entonces, no me parece que Pisacane se distancie mucho del pensamiento o, al menos, de las fórmulas y del lenguaje mazziniano, porque hallamos en la página 47 del segundo volumen es-

NEMO

Todavía y siempre la crisis europea y el nacionalismo

I

El problema más urgente para los anarquistas de todos los países me parece que es cada vez más este: ¿pueden desinteresarse de la crisis europea, mundial también, o no? ¿Continuarán considerando esa crisis como un asunto que, dado que los proletarios no tienen nada que perder, no concierne más que a los burgueses, que si tienen a lo que perder; que no concierne a los internacionalistas, que no tienen patria, sino sólo a los patriotas retrógrados que se preocupan porque el país de su origen tenga una existencia normal? Se ven epidemias mentales, fascismo, bolchevismo y otras, que devastan los cerebros con la rapidez y la intensidad de la propagación de la peste negra; ¿se cree que la propaganda anarquista directa, la organización y la práctica sindicalista, con una huelga general revolucionaria que desembocara en una revolución social expropiadora como fin técnico, entrevista a distancia, pero en ninguna parte próximo a ser realizado victoriosa; se cree que eso solo basta para contrabalancear y para vencer algún día la inmensa acumulación de fuerzas y de tendencias tan ultrautoritarias, antihumanas, crueles y brutales de nuestro tiempo?

¿Creemos poder quedar al margen de esos desarrollos, sin ser tocados por ellos? No lo creo. Yo creí bastante tiempo que el horror de todo lo que sucede desde 1914, desde 1918 produciría automáticamente un resurgimiento libertario, la alianza en nombre de la libertad contra la autoridad. No fué así: se rodó, se chocó, al contrario, en las orgías de autoridad, se chapotea en ellas, y esa marea continúa subiendo en Europa — escribo esto al día siguiente de las huelgas impuestas en Italia por el consejo de los ministros del 5 de noviembre en Roma, que estarán vigor y habrán dado sus frutos cuando se lean estas líneas. Por tanto, me engaño; por uno que viene a la libertad, cien se dejaron envenenar por

te fin de artículo: "El rey ha perdido su prestigio. Las esperanzas de Italia están hoy en Dios y en el pueblo. Y no serán traicionadas" (cuaderno VIII).

He aquí, de cualquier modo, para memoria, la nota de los escritos de Pisacane, contenidos en la "Italia del Popolo": Cuaderno 1, La guerra italiana; cuad. 2 y 3; Sulla scienza della guerra (Pensieri, Strategia, Applicazione della tattica all'insurrezione); cuad. 2, Pocche parole sulla relazione della campagna del 1948 in Sicilia, etc.; cuad. 5 y 6, Relazione storica delle operazioni militari; eseguite dalla Repubblica Romana (1849); cuad. 9, La neutralità della Svizzera; cuad. 12, Pensieri sugli eserciti permanenti. Hay también allí un extracto del Rápido Cuento sugli ultimi avvenimenti di Roma, que no fué un artículo de la revista (como yo había supuesto), sino un opúsculo aparte, publicado también en Laussana por Bonamici, en 1848 y reeditado hacia 1890 en Roma por un grupo republicano.

La revista editada por Bonamici lleva en el frontispicio la indicación de la "Società Editrice L'Unione, Laussana (1849-1850). El primero de los artículos de Pisacane está firmado "Carlo Pisacane"; todos los demás: "Colonello Pisacane". Tales artículos contienen partes aun hoy interesantes, sea políticamente, como donde critica el sistema de las monarquías constitucionales, sea desde el punto de vista revolucionario como cuando busca una aplicación de la táctica militar a la insurrección, sea históricamente, como cuando habla de los males y traiciones que condujeron al desastre las guerras de 1848-49.

Pero sería demasiado el extendernos en torno a todo eso, y tampoco es necesario, pues esa revista no es tan difícil encontrarla como los *Saggi* de que me ocupé más arriba.

Hay dos ejemplares de ella en la Biblioteca Brera de Milán.

toda suerte de fascismos, nombre colectivo hoy para designar la enfermedad autoritaria. De eso y de todo lo que ven desde hace mucho concluyo que antes del establecimiento de un estado de cosas más normal, más sanitario, que el estado de cosas presente, el esfuerzo parcial, aunque fuese el de los mejores, aunque fuese el esfuerzo anarquista más puro y resuelto, permanecerá sin verdadero éxito.

Si se me objeta: es la burguesía, el capitalismo el que está enfermo, el que se muere y origina así esta crisis, yo respondo que en mi pensamiento todos estamos enfermos, nos morimos todos, la crisis, cualquiera que sea su causa, no inmuniza a nadie — y es preciso reaccionar contra ella, todos. Si en una habitación el aire está envenenado por un escape de gas, entonces el médico más hábil no restablecerá la salud de una de las víctimas, si no es abolida la causa permanente del envenenamiento, es decir si no es abierta de par en par la ventana y se deja entrar el aire puro: las causas del accidente no desaparecen en el acto, es preciso curar las víctimas, pero la condición indispensable de la curación, el aire puro, queda establecida. Así ocurre en la sociedad presente, víctima de un envenenamiento colectivo que afecta a todos y que hace ineficaz también el esfuerzo de los más sanos, pues el aire vicioso, la demencia general los entorpece también. ¿Se ha visto nunca tanto descontento y tanto sentimiento anticapitalista, como el que se ha manifestado o que existe latente, en Europa al menos, en cada uno de sus países, desde el fin de la guerra, desde 1918. Y todo eso no tuvo ningún resultado — y eso por una causa verdaderamente mayor que la que se atribuye generalmente a la falta de éxito, — el marxismo, el reformismo, los grandes jefes, etc. ¿Y tanto sindicalismo que no obtiene más éxito, que se consume en discusiones y reorganizaciones interiores de los mismos hombres siempre? ¿Y el ímpetu de las grandes huelgas quebrantado pronto, como el de la huelga general inglesa en mayo, seguida de estos seis meses de huelga de los mineros a quienes se deja languidecer y agotarse hasta extinguirse, con toda probabilidad, estas semanas. Todo eso no triunfa, porque nada, nada puede triunfar en el estado de enfermedad general. Y las consecuencias son fatales para nuestras ideas, porque es a ellas, a la idea socialista en general, a quien se atribuye la falta de éxito y se produce la retirada hacia la indiferencia, cuando no hacia los primeros culpables, los autoritarios, el nacionalismo, el fascismo. Podemos muy bien refutar las doctrinas de éstos, sale de ellas una corriente viciosa mucho más general, más insinuante, más perversa de lo que se cree a menudo y que es la verdadera fuente de su hegemonía presente sobre la humanidad. Es eso lo que hay que combatir ante todo, abrir puertas y ventanas hacia el aire puro del pensamiento y del sentimiento verdaderamente humanos — sin eso se trabaja en balde, no se cura, el mejor remedio no produce efecto, en un ambiente de asfixia general.

Que aquellos que siguen la vía rutinaria, continúen; nada se lo impide, pero si hay quien piensa como yo que esta situación nueva exige un esfuerzo especial, discútanse el mal y el remedio, si es que lo hay.

Ha ocurrido que hasta los capitalistas más rematados llegaron a poner el dedo en la laga abierta a Europa y que no cura ya. No creo más que los otros en el sentimiento humanitario de esas harpías que dejaron llegar el mal, que lo han hecho posible persuadiendo al público que era un buen negocio y que todos debían poner en él su dinero y esperar grandes ganancias. Ahora esos hombres, aun apoyando el sistema presente, al que les liga su interés, ven quehan desencadenado fuerzas más perjudiciales aun que las suyas y que les superan. Desean la activación más intensiva del capitalismo, algo

pues que — si hay que pasar por ello — está ante nosotros, en el porvenir, — y los acontecimientos desde 1914, desde 1918, financiados por ellos han impulsado hacia atrás el mundo europeo, a la edad media y lo han debilitado tanto, lo han vuelto tan miserable, que el propio capitalismo, por poderoso que sea no puede respirar ya en esa atmósfera viciada — y por eso lanzaron el alto grito con el manifiesto del 18 de octubre, de que no se quiere hablar ya más, que se trata de disminuir y de hacer olvidar, pero que representantes muy notorios del capitalismo, como el gobernador de la Banca de Inglaterra han firmado. Traduzco de ese documento:

"...El colapso de grandes unidades territoriales en Europa fué un golpe duro para el comercio internacional. En el interior de vastos territorios, cuyos habitantes habían cambiado hasta entonces sus productos en comercio libre, se erigió un número de nuevas fronteras, envidiosamente cerradas por las leyes aduaneras. Antiguos mercados han desaparecido. Oposiciones de razas han podido desgarrar comunidades cuyos intereses estaban inseparablemente entreazados. Una situación semejante tendría lugar si una Confederación de Estados desgarrara los lazos que unen a esos Estados y comenzara a impedir el comercio recíproco y a imponerle castigos en lugar de acudir en su ayuda. Apenas cabe duda que en tales condiciones la prosperidad de semejante país disminuiría rápidamente."

"Para trazar y para defender esas nuevas fronteras en Europa, se han introducido licencias, tarifas y prohibiciones, cuyos resultados han sido probados ya, siendo desventajosos en el más alto grado para todas las partes. Un Estado perdido así su aprovisionamiento barato en alimentos, otras industrias sufrieron por falta de carbón, ciertas fábricas por falta de materias primas. Tras las murallas de la aduana se fundaron nuevas industrias locales, sin verdaderas bases económicas, y a consecuencia de la concurrencia no se pudo mantenerlas en vida más que elevando aun la alitud de las murallas de la aduana. Las tarifas de ferrocarril, influenciadas por consideraciones políticas, dificultan y encarecen el paso de tránsito y los transportes de las mercaderías."

"Los precios han aumentado generalmente y fué provocada una carestía artificial. La producción en su conjunto ha disminuido, el crédito y la circulación de dinero igual. Un exceso de Estados que persiguen ideas carentes de interés nacional han puesto en peligro su propia prosperidad y dejado fuera de su consideración los intereses comunes del mundo, colocando sus relaciones comerciales sobre esa base que es insensata económicamente y que considera todo comercio como una especie de guerra."

"No puede, pues, producirse un restablecimiento en Europa hasta que los políticos de todos los países, de los antiguos y de los nuevos, no posean la concepción clara que el comercio no es la guerra, sino una operación de cambio, que en tiempos de paz nuestros vecinos son nuestros clientes y que su prosperidad es una condición previa de nuestra propia prosperidad", etc., etc. Esas últimas observaciones son, naturalmente, malarismos capitalistas que quieren hacer aparecer el comercio como una operación de benevolencia mutua, lo que no ha ocurrido nunca. Es un *mis-aler* que en un mundo sin solidaridad. Pero por la experiencia de tantos siglos, ha llegado a comprender que funciona mejor con un mínimo de obstáculos, según el ejemplo de la Europa anterior a 1914, y no con ese máximo de obstáculos que ha establecido, mantiene y refuerza sin cesar la Europa medioeval desde 1918.

Los estadísticos han calculado que la guerra ha destruído un 35 por ciento de la riqueza acumulada de la humanidad. En lugar de 26 Estados europeos en 1914 hay ahora 35; en lugar de 13 unidades monetarias diferentes, hay ahora 27. Las exportaciones europeas, del 64 por ciento del total mundial han retrocedido a 55 por ciento; la riqueza europea, de 49 por ciento a 36 por ciento; el oro en Europa, de 5 mil millones de dólares Norteamericanos, a 3 3/4; el oro en los Estados Unidos se acrecentó de dos mil millones a 4 1/4 mil millones de dólares, etc. A pesar del desarme impuesto a Alema-

nia, al Austria, a Bulgaria y de los cambios en Turquía, en Rusia los gastos de los armamentos anuales europeos han subido de 1.000 a 1.840 millones de dólares de 1914 a 1924. Los impuestos por cabeza, comparados con las entradas, son casi 30 por ciento en Alemania, 23 en Inglaterra, 20 en Francia, 19 en Italia, 17 en Bélgica, y 11 1/2 en los Estados Unidos. Se viste mal en Europa y en los Estados Unidos no se sabe este año qué hacer del algodón abundante, que se quisiera retirar del mercado, destruir en caso de necesidad. Por otra parte se teme una cosecha demasiado abundante de cauchuc. Nada más fácil que recoger miles de detalles parecidos de todas las publicaciones estadísticas de ambos hemisferios. Se ha establecido desde hace mucho el hecho que los cambios de 1918, ratificados por los tratados de 1919, no aprovecharon más que a una minoría bastante pequeña de la misma burguesía, exactamente a los especuladores más astutos, a los más hábiles para pescar en agua turbia y para alimentarse como hienas en la carne de los habitantes del propio país y de los países considerados enemigos y buena presa; la mayoría de la burguesía misma ha sido desbordada por los acontecimientos, fué hecha víctima de los tiburones y se encuentra frente a organismos estadísticos desorientados que solo el fascismo, el estatismo, el fiscalismo más brutal puede impulsar aún a arrastrarse hacia adelante de año en año gracias a los espasmos y varillazos cada vez más sangrientos.

Figúrese uno lo que quiere decir eso, 35 Estados en lugar de 26 — ¿somos anarquistas o no lo somos? ¿Nos estrechemos de placer, de legítimo orgullo, cuando los "libertadores" han creado un nuevo Estado — o nos estremecemos de horror, sabiendo que ahora la mentalidad de los pueblos será más deformada aún, que habrá un patriotismo más, un odio, fronteras, funcionarios, ejércitos, policías, políticos *notisimos* que demuestran su celo por un nuevo país? Y de 26 se han saltado a 35, y en todas partes no faltan políticos, funcionarios, oficiales, soldados, policías, carabineros, periodistas y demás, que desempeñan como por arte mágico todas esas funciones, inundándonos las más bien, cargando al nuevo Estado con una burocracia, con una clase de politicastros, todo el aparato estadista, patriótico, fanatizado o especulador, a *outrance*, no buscando entonces más que ensanchar el territorio, anexionarse a los más débiles, escarnecer e injuriar a sus víctimas, en una palabra: realizar verdaderas orgías de estatismo. ¿Es eso liberación o no es más bien la edad media, el retroceso, la negación de la línea de progreso marcada a través de los siglos, de esos siglos que han creado la civilización moderna? Esta civilización no ha establecido bases sólidas indispensables, la ciencia que destruye la superstición, que hace al hombre capaz, por el trabajo inteligente, de extraer de las riquezas naturales una suma de bienestar y de confort que los siglos pasados no han sabido hacer accesible más que a los ricos por el trabajo de esclavos y la vida de bestias de carga de la gran masa condenada a permanecer inculta y hambrienta. Todo eso está a punto de ser reducido, debilitado y será quebrantado, arruinado si la marcha hacia atrás continúa.

Porque esta civilización progresiva tiene por condición esencial la libertad de acción siempre creciente, esa libertad que no se ha establecido aún ni reconocido siquiera en el sentido amplio de la concepción anarquista, pero que — confirmación de la justicia immanente de la anarquía — cada rama de la actividad humana había sabido ganar para ella o al menos reclamar en alta voz y aspirar profundamente, en su dominio especial. Así la ciencia se volvió libre enteramente y sus métodos, la integridad y la sinceridad absoluta de sus investigadores son aplicados a nuevas esferas de la vida de la naturaleza, de la sociedad, del hombre, continuamente. Así se creó la cooperación internacional desinteresada de los sabios. Y la ciencia aplicada, la técnica en sus múltiples divisiones, se volvió también internacional, y la circulación de los productos, favorecida por el inmenso desenvolvimiento de los transportes, creó el comercio libre, la libertad de los viajes, de las emigraciones e inmigraciones, y de todo eso resultó una cantidad creciente de instituciones, tratados, con-





tratos, arreglos verdaderamente internacionales. La humanidad, inspirada por esos éxitos reales de la cooperación internacional, fué verdaderamente en ascenso y cuando los trabajadores se despertaron y pusieron en pie como hombres libres y solidarios, fundando la Internacional, se pudo creer que al fin de un desarrollo no muy largo surgiría una humanidad solidaria y libre; que con las ficciones de dios y del extranjero, que es el enemigo y el bárbaro, caerían también por un esfuerzo internacional de las masas trabajadoras las crues realidades, los obstáculos y dificultades, el Estado y la propiedad.

Pero una funesta corriente había acompañado todo ese desenvolvimiento progresivo y se había tenido el gran error de no evaluar el peligro que aportaba y hasta se ha caído bajo su influencia, engañados, miopes, creyendo hacer el bien, pero sin embargo haciendo un mal indecible. Esa corriente fué el nacionalismo. Hoy la máscara ha caído: la Italia del 5 de noviembre de 1926 y de sus otras manifestaciones fascistas, algunos otros de los 35 Estados europeos, muestran el nacionalismo triunfante, Mo.och insaciable, que no sabe más que crear nuevas víctimas, sonar con nuevas víctimas — y vemos el nacionalismo, el espíritu moderno y progresivo, de tal modo reducido a la impotencia, que hasta los burgueses más veterados, esos financistas y banqueros, que habían financiado el nacionalismo y lo continuaban sosteniendo materialmente, gritan a veces como en ese manifiesto y dicen que "hay demasiado".

Fueron también los reformadores de la propiedad del suelo, los discípulos de Henry George y otros que este año, en julio, se reunieron en Copenhague en congreso internacional y proclamaron altamente la necesidad del comercio libre en Europa, de la abolición de las horribles trabas creadas por esos 35 Estados de proteccionismo rabioso que reemplazan a los 26 Estados de antes de 1914, Estados de territorio que permitía una vida normal para cada uno y que el nacionalismo victorioso ha transformado en 35 países, países ricos, países medianos y países pobres que no saben más que odiarse recíprocamente y oprimirse y arruinar a los más débiles. No conozco el detalle de ese congreso, pero sé el tenor de sus resoluciones y me recuerdo de un gran libro de otro tiempo, por Henry George: "Protection or Free Trade".

No tengo a mano ese libro, pero encuentro en "Progreso y Miseria" (1880) de Henry George líneas como las siguientes, que hacen ver en qué grado y con qué consecuencia lógica combatió ese hombre la desigualdad soportada por la apropiación monopolista de la tierra y las desigualdades creadas por los monopolios aduaneros de los Estados. Dice, por ejemplo: "... Los males que resultan de la distribución injusta y desigual de la riqueza y que se vuelven cada vez más apremiosas con el progreso de la civilización moderna, no son incidentes del progreso, sino tendencias que deben detener el progreso; esos males no curarán por sí mismos, sino al contrario, si su causa no es suprimida, crecerán cada vez más hasta haceremos retroceder al barbarismo, como ocurrió a todas las civilizaciones precedentes".

"Al permitir el monopolio de las posibilidades naturales que la naturaleza ofrece libremente a todos, hemos ignorado la ley fundamental de la justicia. Pero al barrer con esa injusticia y al afirmar los derechos de todos los hombres a las riquezas naturales, obraremos en conformidad con esa ley (de justicia) — alejaremos la gran causa de la desigualdad natural en la distribución de la riqueza y del poder". "La igualdad de los derechos políticos no es una compensación para el derecho igual a la riqueza de la naturaleza".

"Los mejoramientos se hacen posibles a medida que los hombres se encuentran en asociación pacífica, y cuanto más vasta e intensa sea esa asociación, más grandes son las posibilidades de mejoramiento. Así, asociación e igualdad es la ley del progreso. El progreso aumenta a medida que la sociedad llega a una asociación más intensa y a una igualdad más grande. La civilización es la cooperación, y la unión y la libertad son sus factores". (Extractos del libro X, capítulos III y V).

El desmenamiento de Europa en 1919 en lugar de 26 Estados ha creado evidentemente obstáculos terribles y fatales al progreso más normal; si una horda de bárbaros hubiese hecho irrupción en una sala de máquinas, hallando en ella 26 máquinas, y las hubiese desmontado y vuelto a armar bien o mal para hacer de ellas 35 máquinas, — o si 35 hombres de las cavernas hubiesen hallado 26 relojes y se hubiesen repartido los rodajes para hacer 35 relojes, ni máquinas ni relojes serían luego útiles para nada, según mi humilde opinión. Eso es, sin embargo, lo que se ha hecho en 1918 y se confirmó en 1919 con ese organismo delicado de la Europa moderna, desmenando grandes territorios y volviéndolos a distribuir según los principios más arbitrarios, todos cubiertos por el nacionalismo o el estatismo más absoluto. Aunque esos hombres de las cavernas hubiesen dejado 20 relojes intactos y no hubiesen deshecho más que seis para hacer de ellos 15, esos 20 relojes intactos podrían continuar funcionando. Pero el organismo europeo estaba de tal manera entrelazado, que hasta los Estados que fueron dejados intactos, sufren y, con la pobreza, la inquietud, el fanatismo, la desesperación a su lado, no se encuentran de ninguna manera bien. Y los otros continentes experimentarán también tarde o temprano las consecuencias de la decadencia europea.

tores del movimiento paneuropeo que han hecho una primera demostración colectiva en su Convención celebrada en Viena (Austria) en octubre último. Proponen una Paneuropa continental, un grupo ruso-siberiano, un grupo Inglaterra e imperio inglés, un grupo Panamérica, etc. y llegan a la formación de un grupo de inmensos imperialismos, aunque se colocan completamente en la base de los tratados de 1919. Disfrutan de protecciones diplomáticas precisamente entre los secretarios más tenaces de los tratados de 1919 y la propia Sociedad de las Naciones de Ginebra les ha concedido ya un contacto muy platónico con ella. Ese movimiento me parece una desviación completa del pensamiento internacionalista, a pesar de todas las apariencias. Deja intacto todo el mal que se hizo en 1919 y quisiera crear inmensas unidades que con ello se separarían y se volverían más hostiles que nunca. El globo sería más estrecho todavía, más mezquino, animado de sentimientos hostiles, si el paneuropeo continental se viera separado así del paniglés, del panasiático, del panamericano, Carlomagno y Dante y Napoleón y Mazzini y Nietzsche son los grandes predecesores del iniciador de esta Paneuropa. Basada en los tratados de 1919, que con cada uno de sus párrafos humillan y encadenan las poblaciones alemanas, — Inglaterra completamente eliminada, — esta Paneuropa sería la Panitalia de Mussolini o la Panfrancia de Briand-Poincaré, apoyándose en los eslavos, latinos, holandeses y escandinavos y ahora en la subyugación de las poblaciones alemanas en 1919. Sería, pues, una Sociedad de las Naciones con la eliminación de todos los países que, por una razón o por otra fueran opuestos a una hegemonía francesa o italiana sobre el continente. En

caso de hegemonía francesa esa Paneuropa sería hostil a la Pan-Inglaterra; en caso de hegemonía italiana sería probablemente el instrumento de la Pan-Inglaterra. En todos esos casos sería o bien la ratificación forzada permanente de los tratados de 1919 que las poblaciones alemanas no reconocerán nunca, o bien la conglomeración de las fuerzas y de los recursos continentales para ponerlos todos a la disposición de una de las naciones que supieran ser preponderantes en vista de las guerras futuras entre los tres grandes blocs: británico, norteamericano y ruso-asiático. Es lamentable que las buenas voluntades, amigos de federaciones serias, de la vuelta a la razón no tengan hasta aquí en Europa, si quieren unirse en algún movimiento, más que esas conferencias económicas internacionales que el manifiesto de los banqueros inaugura más o menos, donde ricos hombres de negocios y algunos profesores discutirán y votarán resoluciones anodinas y que no tendrán ningún efecto — o esa Paneuropa todo menos simpática. El congreso de Copenhague no parece haber tenido repercusión. Los socialistas no reconocen más que el cada uno para sí y en su casa, los sindicalistas están absorbidos en defender lo que tienen en esta época de los desocupados sin número y sin fin de su martirio. También el antimilitarismo está localizado, ningún gran grito universal sale de sus filas, la voz internacional de un Tolstói falta. Lo mismo pasa con la anarquía. Por consiguiente la mentalidad se vuelve cada vez más nacionalista; se aferra cada cual a su país, porque el internacionalismo no se hace oír. Y la fine fleur del nacionalismo es la pobre Italia, pero orgullosa del 5 de noviembre de 1926.



LEON TOLSTOI

La verdad en la boca del niño

(DIALOGOS)

II

(El parque de un dominio señorial. La condesa, persona bastante joven, se pasea con sus dos hijos: el varón, último del hico, de 14 años, y una niña de 6. A la vuelta del camino, una vieja campesina aparece y, después de profundos saludos, se aproxima a la dama).

LA CONDESA: ¿Qué quieres, Matrena? LA VIEJA: Es para vuestra señoría. LA CONDESA: ¿Qué deseas. LA VIEJA: Estoy avergonzada de hablarlos, madrecita condesa, pero ¿qué hacer! Mi hija va a dar a luz otra vez y os pide aceptéis ser madrina. LA CONDESA: Sin embargo, no hace mucho tiempo que fué madre. LA VIEJA: Hizo un año la cuaresma última. LA CONDESA: ¿Cuántos niños tienes ahora, pues? LA VIEJA: No llevo a contarlos más, madrecita. Yo quisiera con gusto distribuir la mitad. ¡Es una miseria! El uno más pequeño que el otro. LA CONDESA: ¿Y tu hija, cuántos tiene? LA VIEJA: Es el séptimo, y todos vivos. Sólo que si el buen Dios quisiera coger algunos! LA CONDESA: ¿Cómo puedes hablar así? Es un gran pecado.

LA VIEJA (Llorando)

¿Qué hacer? La miseria es demasiado grande y a fuerza de sufrir se llega a dudar de la bondad del Señor. Tened piedad de nosotros, madrecita, y dignaos aceptar. Luego, creedme, no solamente no podemos pagar al cura, a menudo en la casa falta el pan. Y todos pequeños, ¡si los vierais! El yerno trabaja en la aldea y estamos las dos solas para alimentar a todos. Y ahora la mayor parte del tiempo trabajo sola, porque mi hija tan pronto está de parto como ocupada del recién nacido. Yo soy sola, madrecita, y toda la pequeña banda me pide siempre qué comer.

LA CONDESA

¿Tienes siete, verdaderamente?

LA VIEJA

Dios es testigo. Sólo la mayorcita llega a ayudarme un poco; los restantes todos apenas levantan de la tierra.

LA CONDESA

¿Y por qué tienes tantos?

LA VIEJA

No hay nada que hacer, señora condesa. El yerno llega para las fiestas, son jóvenes los dos, y la desgracia acecha.

LA CONDESA

Hay quien llora porque no tiene hijos, mientras que vosotros os lamentáis de tener demasiados.

LA VIEJA

Demasiado, madrecita, demasiado. Está por encima de mis fuerzas, creedme (se enjuga los ojos). Entonces, señora condesa, ¿puedo dar a mi hija un poco de esperanza?

LA CONDESA

Sí. Yo he tenido a los otros sobre la pila bautismal y tendré a éste todavía. ¿Un varón?

LA VIEJA (con voz alegre)

¡Sí! ¡ta! ¡Grita como un poseído! Entonces, madrecita, ¿cuándo el bautismo?

LA CONDESA

¿Cuando tú quieras! (La vieja se confunde en agradecimientos y se va corriendo).

LA NISA

Di, mamá, ¿cómo es que unos tienen niños y otros no? Tú tienes, Matrena también y Paracha no tiene ninguno.

LA CONDESA

Paracha no está casada. Se tienen niños cuando se está casada. Se hace uno marido y mujer, y es solamente entonces cuando los niños llegan.

LA NISA

¿Llegan siempre?

LA CONDESA

Siempre no. Tú ves la cocinera, está casada y, sin embargo, no tiene hijos.

LA NISA

¿Puede hacerse que solamente el que quiere tener niños los tenga mientras que el que no quiere no tenga ninguno?

EL NIÑO (a su hermana)

¿Tú dices tonterías!

LA NISA

¿No son tonterías! Pienso cómo podría hacerse para que la hija de Matrena no tenga niños si no los quiere. Di, mamá, ¿se puede hacer eso?

EL NIÑO

Te repito que dices tonterías; tú hablas sin saber lo que dices.

LA NISA (tirando a su madre de la manga)

Di, mamá, ¿se puede hacer eso?

LA CONDESA

¿Qué quieres que te diga? Eso no viene de nosotros, nosotros no lo sabemos, Dios sólo lo sabe.

LA NISA

Pero, ¿cómo se hace para que los niños vengan al mundo?

EL NIÑO (riendo)

Es el azar el que tiene la culpa.

LA NISA (ofuscada)

No hay nada de extraño en esto. Pienso que si Matrena no quiere niños necesitaría hacer cualquier cosa para no tener ninguno. Cómo la niñera ella nunca ha tenido.

LA CONDESA

Te digo que ella es una joven y no una mujer casada.

LA NISA

Entonces se necesitaría que todos los que no aman a los niños no tengan ninguno. Los pequeños vienen al mundo y no se tiene con qué nutrirlos. ¡Eso no debería ser! Cuando yo sea grande me casaré y haré lo necesario para tener dos hijos: un niño y una niña. No está bien tener hijos y no amarlos. ¿No es eso, mamita. Voy a ir a contárselo a la niñera. (Se va corriendo).

RAFAEL BARRET



El día 10 del corriente se cumplió el décimosesto aniversario de la muerte de Rafael Barret, el gran revelador del "doctor paraguayó", el estilista más ameno de América del sur y un escritor libertario como hay pocos. No somos nosotros los que vamos a revelar ya a ese escritor; sus méritos son generalmente reconocidos, y si en la literatura se le considera un astro de primera magnitud, en el campo revolucionario y anarquista se le tiene por un hermano libre, por un combatiente de la buena causa, sin escuela y sin partido, pero siempre con la verdad, siempre contra la injusticia, siempre contra la explotación y la dominación del débil por el fuerte. El anarquismo de Barret ha surgido de lo más hondo de su fina sensibilidad, de lo más profundo de su alma, y está diluido en cada página suya, aunque trate el asunto más banal; aunque comente el hecho más efímero. No era un doctrinario, pero su obra despertará la conciencia humana a horizontes más amplos, a la anarquía entre hermanos, a la bondad y a la belleza.

¿Por qué nos viene a la memoria Ernest Cuquerderoy, el magnífico autor de "Jours d'Espil", y Praxedes G. Guerrero, el escritor más brillante de la revolución mexicana? Hay entre ellos más de un lazo de afinidad, seguramente.

Recordando el décimosesto aniversario de la muerte de Barret, transcribimos algunas páginas del malogrado escritor:

Terror

cinco millones de hombres libres, preparaba la caza al proletario. ¡Admirable ejemplo de la futilidad de las leyes! La constitución, prostituida en cada campaña electoral, fué declarada impotente para reprimir un delito común. Tres mil obreros fueron deportados o enviados a presidio. Las detenciones continuaban. Si el autor del atentado no estuviera preso, no habrían quedado en Buenos Aires más que los que viven de sus rentas. El juez se contenta con tres mil cómplices. En la sombra espesa y muda que invade a la del gendarme, protectoras del dinero por metrópoli, sólo se distinguen las guarras teño. Los inmigrantes rusos son rechazados en la dársena. La Argentina, señalada sobre sus sacos de oro, ganados por el gringo, llora de ser tan hospitalaria. "¡Ingratos!", dice a los innumerables trabajadores que sudan en los campos, en los saladeros, en los talleres, en las fábricas y en los docks, enriqueciéndola sin límite. "¡Ingratos!", repite a los centenares de inocentes que manda a presidio. El terror tiene su lado cómico. Tiene también su alcance destructivo. En estos choques un país se vomita a sí propio; es el momento de estudianto. Estudiad, pues, la desesperación con que Buenos Aires defiende su bolsa del espectro anarquista; Buenos Aires, la ciudad-estómago, donde los tribunales han castigado con cuatro años de cárcel a un infeliz que había robado un dedal, y con seis a otro que había sustraído un pantalón. Pero no es sólo en Buenos Aires, no; es en la América latina entera donde no hay más Biblia que el registro de la propiedad, donde la escuela honra el afán de lucro como una virtud y los padres predicán a sus hijos la codicia. Ni siquiera imitáis ya a la América sajona. Allí navegan religiones nuevas, en tanto que nosotros no tenemos religión, puesto que os devora el tecnicismo. Allí los millarderos intentan hacerse perdonar, y fundan establecimientos públicos. ¿Quien se avergüenza aquí de su fortuna, y ante quién se avergüenzaría, si cuanto más rico más venerado se es? Locura es figurarse que un régimen de avaricia puede ser un régimen de paz; la avaricia es forma del odio como la rabia homicida; en ella se transmuta y de ella brota. Las persecuciones de hoy traerán las bombas de mañana, que traerán otras persecuciones, y la sangre renueva el terror que hace verter más sangre.

La rehabilitación del trabajo

En nuestra sociedad el trabajo es una maldición. La sociedad, como el Dios del

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

Respuesta de J. Juan Pastor

10. El problema actual del anarquismo es la eterna pugna del pensamiento libre, cuyas bellas concepciones le impiden realizar los atavismos y las imperfecciones morales de la naturaleza humana. Es, en mi juicio, uno y único problema de evolución, en todos los órdenes, de constante superación ética individual y social, y no varios, el problema del anarquismo. Es la lucha secular, tan vieja como el mundo, de la razón contra la fe, de la luz contra las tinieblas. Problema fundamental que abarca todas las manifestaciones de la vida, y del que dimanan todos los demás aspectos a quienes se pretende dar beligerancia de otros tantos problemas, pero que en sí no son sino productos imperfectos y anormales del origen imperfecto y anómalo de la sociedad.

El actual estado evolutivo de la conciencia humana, que tan evidentemente vislumbraba Kropotkin en sus últimos momentos, a juzgar por su magistral obra postuma, tiende a buscar en sí mismo la solución que vanamente ha venido buscando anteriormente, a través de todos los siglos, corriendo tras de fantasmas. Es esta una nueva conquista de la ciencia psicológica, y como conquista científica, hija del raciocinio y la experiencia deductiva, es de creer que incontestable y sólida.

El problema del libre pensamiento, pues, está en la ciencia, y no ha de tardar mucho en obtener nuevos triunfos en el terreno biológico, que descubran nuevos horizontes al anhelo constante de superación mental de la especie. Es ya indiscutible que el ser humano contiene en

Génesis, castiga con el trabajo a quién? A los pobres, porque el único delito social es la miseria. La miseria se castiga con trabajos forzados. El taller es el presidio. Las máquinas son los instrumentos de tortura de la riquísima democracia.

Hemos envenenado el trabajo. Lo hemos hecho temer y odiar. Le hemos convertido en la peor de las lepras.

¿Y pensar que el trabajo será un día felicidad, bendición y orgullo, que quizás ha sido en sus orígenes! Mientras escribo estas líneas, mi hijo — de dos años y medio — juega. Juega con tierra y con piedras, imitando a los abuelos; juega a trabajar. La idea de ser útil germina en su tierno cerebro con alegría luminosa. ¿Por qué no trabajan los hombres, alegres y jugando, como trabajan los niños? El trabajo debe ser un divino juego; el trabajo es la caricia que el genio hace a la materia, y si la maternidad de la carne está llena de dicha, no na de estario también la del espíritu. Y he aquí que hemos prostituido el trabajo; hemos hecho de la naturaleza una hembra de lupanar, servida por el vicio y no por el amor; hemos transformado al obrero en siervo de emucos y de impotentes.

El trabajo ha de ser la bienaventurada expansión de las fuerzas sobrantes, el resplandor de la juventud. Ha de ser hermano de las flores, del encendido plumaje que ostentan las aves enamoradas; hermano de todos los matices irritados de la primavera. Compañero de la belleza y de la verdad, fruto, como ellas, de la salud humana, del santo júbilo de vivir.

Entretanto, es compañero de la desesperación y de la muerte, carga de los exhaustos, frío y hambre de los destellados, abandono de los desarmados, desprecio de los inocentes, ignominia de los humildes, terror de los condenados a la ignorancia, angustia de los que no pueden más!

Pero lo absurdo no subsiste mucho tiempo. Libertaremos a los pobres de la esclavitud de su trabajo y a los ricos de la esclavitud de su ociosidad.

si, desde el momento de su concepción, el morbo hereditario del principio de obediencia, fruto de la familia, de la educación, del ambiente anormal y ficticio, y ello nos enseña la solución del malestar, de la tiranía y la imperfección sancionados por el dogma que todo lo rige y del que son fruto los aspectos circunstanciales que nos salen al paso en la marcha histórica.

Debemos, pues, dar a nuestra lucha honda penetración científica. El bregar diario de nuestras energías materiales contra las injusticias, digamos esporádicas, nunca deberá cesar, pero sin olvidar que ellas no son sino manifestaciones parciales del conjunto viciado y caduco.

20. Nuestra conclusión al punto anterior nos da la respuesta por anticipado. La solución del problema humano es revolucionario, puesto que depende de una honda transformación y superación mental del individuo para que la consecuencia social sea armónica. El hombre, célula del organismo — y esto se ha repetido ya hasta la saciedad — ha de cumplir su evolución moral para que el conjunto humano sea perfecto, ya que la perfección absoluta, desde el punto de vista anárquico-científico no existe. La inteligencia avanza evolutivamente, y el derrumbe de prejuicios y creencias que su paso ocasiona se tiene por revolucionario. En el orden social la evolución humana también ha de causar el aplastamiento estrepitoso de los intereses creados.

30. Siendo el proletariado un producto del sistema capitalista, la anarquía es proletaria, principalmente porque él constituye una de las injusticias del conjunto, un acicate que le impulsa a resolver este aspecto de manera perentoria. Pero la anarquía, como manifestación sublime del pensamiento, es esencialmente humana.

40. La labor más importante, útil y bienhechora para la felicidad humana sería desarrollar el raciocinio, el sentido analítico y la iniciativa del niño, substituyendo todo sistema o norma pedagógico por un estudio psicológico de sus naturales inclinaciones temperamentales para encauzarlas racionalmente y conseguir despertar en él el anhelo de autoeducarse, estimulándolo en este deseo. Creo que es la única base de la verdadera educación libertaria.

Cuando hablamos de educación, la fuerza del prejuicio nos trae a la mente la norma, el sistema o fórmula pedagógica, sin pensar que la educación nada tiene que ver con la pauta instructiva, como lo demuestra claramente el que hombres verdaderamente instruidos no tienen educación alguna. Educación es formación ética de la conciencia, que sanciona los actos morales de sí mismo, y la instrucción no es más que asimilación, enseñanza, repetición de conocimientos adquiridos, formados, que juego la educación analiza y razona. Del sistema de instrucción depende el embotamiento o momificación del poder deductivo de la mente, y ello explica el empeño de los enemigos de la evolución del pensamiento en apoderarse de todas las instituciones de enseñanza. He aquí el germen más poderosamente reaccionario, o el más eficazmente progresivo, según la base de orientación que se le imprima al moldeable cerebro infantil.

Pero la orientación natural y lógica para la formación de la conciencia libertaria del niño no depende tampoco exclusivamente del método pedagógico, y nada o muy poco se conseguirá únicamente apartándole de los sistemas obtusos y enervadores de la instrucción oficial, si en el hogar se le siguen ofreciendo en los ojos del niño deporables ejemplos de la tiranía paterna en la ficticia institu-

ción de la familia, reflejo de las tiránicas instituciones de la sociedad.

50. El arte ha de ser humano, o no será arte, y creo que ello dice mucho más que cuanto pudiéramos decir nosotros sobre este punto. Pero lo que importa es no confundir el arte con el negocio de los que subastan sus escasas facultades de imitación. Siendo el arte espontánea manifestación de la belleza es ilimitado y, por tanto, reñido con toda pauta preconcebida y convencional. Precisamente es esta su condición naturalmente libre nace su poder revelador y su influencia conceptiva en las mentes liberadas de prejuicios, es decir: su poder rebelde. Siendo el arte un impulsor de superación, es revolucionario, es anarquista.

60. Como resistencia y defensa al poder absorbente de la sociedad — como resistencia y defensa cuanto más, pues que su liberación total es imposible actualmente — creo útil y de eficacia liberaria la superación individual. Como superación, claro está, que no como engrinamiento del yo subyugante y egoísta. También aquí importa no confundir el error del criterio individualista que se basa en el gesto acomodaticio del engrinamiento de hombres ante los acontecimientos sociales, o el del que antepone su yo a todo beneficio común. El individualismo es un principio filosófico que se desembaza por su propio impulso de todo convencionalismo y respeto a lo establecido para poner en práctica su concepción de la vida, sin aguardar el nivel armónico de sus semejantes. Es una idea más bien de sacrificio, de ejemplo esforzado, pues que son los precursores de todo avance. En este sentido creo al individualismo un alto fin libertario.

70. El único valor que le concedo a la tradición es el de constatación de sus errores funestos como arma demoleadora de toda fe negadora del raciocinio. Pero predisamente nuestro esfuerzo debe encaminarse a libertar al pensamiento humano del carril tradicional y esclavizante.

80. Es indudable que la Biblia respondía al estado de la mentalidad humana de los tiempos en que se confeccionó, y acaso también fuera entonces una necesidad tan curioso *factotum* religioso. Voltaire, Diderot, Mirbeau, entre otros, so-

metieron al tamiz de la crítica sus sofismas y absurdos inmorales, asimismo respondiendo a una necesidad de su época, y en ningún caso sus máximas ambiguas resistieron la acción del crisol razonador.

Hoy, para *soterrar y deshacer viejas creencias* creo que basta a lectura de la Biblia por una mediana cultura, por poco deductiva que ella sea. Es como una de esas herrumbrosas y destempladas armas que amenazan herir la mano que las empuña. La religión misma se avergüenza de este engendro.

Nota. — A pesar del deseo del Grupo Editor de "Generación Consciente", no ha podido esta revista publicar el anuncio de la Encuesta del Grupo "Los Iconoclastas", por haberlo impedido la previa censura, que en este gobierno civil de Valencia está ejercida por frailes, asesorados por damas catequistas. No importa que estos frailes no vistan el burdo sayal; su mentalidad de cuco es más burda aun que el hábito frailuno. Los compañeros de España ya tienen idea de lo estúpido del procedimiento de estos bestias censores, que dificultan todo lo que pueden la marcha de esta publicación, no dejándole publicar ni aun aquellos escritos doctrinarios y filosóficos que pasan sin dificultad por la censura de Barcelona y Madrid.

En su número 37, correspondiente a septiembre, fué mutilado por el lápiz rojo el anuncio de la Encuesta, con unas consideraciones sobre su eficacia que el Grupo Editor añadió. En el siguiente número, correspondiente a octubre, se intentó publicar el anuncio de los ocho puntos puestos a discusión sin comentario alguno, y también fué tachado.

Sirva ello de explicación a los que, extrañados, ven que "Generación Consciente" no dedica sus páginas a muchas cuestiones inherentes a la lucha y al ideal de reivindicación, que es el ideal de sus redactores. Lo que decimos de la Encuesta ha ocurrido en la protesta contra el crimen jurídico Sacco y Vanzetti; en lo referente a los presos sociales; en nuestra opinión que se nos demandó sobre la Confederación Nacional del Trabajo, y sobre otras muchas cuestiones.

VALENCIA — ESPAÑA

Respuesta de M. Pierrot

Las cuestiones de la encuesta son planteadas de tal manera que da lugar a creer que sus organizadores parten de la idea de una anarquía *a priori*, que posee toda la verdad, creando así una nueva autoridad, ante la cual todos deben o deberán inclinarse. Se hace una abstracción muy peligrosa para la propaganda. La anarquía no es ni un partido ni una religión. Es, a lo sumo, un estado de espíritu, es el estado de espíritu del que observa los hombres y las cosas *sin parti's pris*.

1a. cuestión. — He aquí por qué digo que no hay problema actual del anarquismo. El anarquismo se mezcla a la vida de todos los días y a las acciones de los hombres. Si hay que hacer un esfuerzo contra la reacción autoritaria, es el de todos los hombres de buena voluntad. Sería lamentable que este esfuerzo se limitase a los que se dicen anarquistas. La propaganda anarquista consiste en difundir las ideas antiautoritarias en la masa, de manera como para ayudar la marcha del progreso humano.

2a. — La anarquía es revolucionaria, puesto que el progreso social, como todos los progresos verdaderos, no se hace sino por cambio de sistema y, por consiguiente, destruyendo los cuadros caducos.

3a. — La anarquía es una idea humana. No es específicamente proletaria. Pero como su ideal moral de justicia la lleva a combatir los sufrimientos causados por una mala organización social,

lucha con los proletarios contra la organización patronal y estatal.

4a. — No hay que dar orientación alguna a los niños. Se trata de hacer de ellos hombres, hombres completos, y no de convertirlos en cristianos, o en socialistas, o en anarquistas. Que se les de una educación liberal, imparcial, que desarrolle su espíritu crítico y que se tenga buen cuidado de atiborrarles el cerebro con formulas hechas, teóricas o doctrinarias. Que se les enseñe a observar los hombres y los hechos. Que se desarrolle también sus sentimientos y que se les ponga de manifiesto la solidaridad que une al hombre con todos los demás hombres.

5a. — No hay que dar ninguna orientación al arte. Este florece en los períodos de civilización y de prosperidad, para embellecer las comodidades de la vida. Un corriente de idealismo puede vivificarlo.

Desde el punto de vista práctico es necesario tratar de difundir las lecturas literarias que desarrollan los sentimientos de solidaridad humana; por ejemplo: las viejas novelas de C. Dickens. Por otra parte, la caricatura puede ayudar al público a comprender mejor los vicios del sistema social actual y el ridículo de los prejuicios corrientes.

6a. — Las tendencias individualistas actuales me parecen antisociales. El sentimiento de dignidad individual es, por

A. KARELIN

¿QUÉ ES LA ANARQUÍA?

Dentro de las relaciones humanas todo lo meritorio y lo útil fué elaborado, no por los jefes ni por los organizadores de todo pelaje, sino por la sociedad humana. "La ciencia nos demuestra — dice Kropotkin — que los llamados jefes, héroes y legisladores de la humanidad nada intro-dujeron en la historia que no haya sido elaborado por el derecho común en la sociedad. Los mejores de ellos formularon únicamente, sancionaron estas instituciones. Pero la mayoría de estos pseudo benefactores trataban, al mismo tiempo, de destruir aquellas instituciones de derecho común que impedían la formación de la autoridad personal y reformaban otras en beneficio propio o de su casta".

Las sociedades humanas no tenían necesidad alguna de estos usurpadores, que se denominaban a sí mismos "organizadores". Eran seres extraños, dañinos, parasitarios; un apéndice morboso a la sociedad. El proceso histórico que se desarrolló bajo su influencia era perjudicial a la sociedad y no era inevitable. Basándose en datos rigurosamente científicos, los anarquistas-comunistas cuentan con la actividad creadora de las masas, y no con la actividad, por lo común desordenada y funesta, de los llamados jefes. Todas las divagaciones de que el paso a la sociedad socialista es únicamente posible cuando sea mayor que ahora la concentración de los capitales, cuando sea crónica la falta de mercados para la producción capitalista, etc., no tienen nada

otra parte, algo enteramente distinto a la pretensión de tener el derecho de vivir a expensas del prójimo.

7a. — La tradición, considerada como la memoria de la experiencia adquirida, es necesaria. La adquisición del pasado es útil para ir más lejos. Pero la tradición de los prejuicios, de las costumbres caducas es nefasta.

8a. — Leed las obras de Frazer: *Le ramae d'or*, *El folk lore en el Antiguo Testamento*.

PARIS — FRANCIA

MAX NETTLAU

de científicas; son hipótesis sin fundamento alguno.

Menos fundada aún es la creencia de que algún grupo de jefes y organizadores puede, a su antojo, organizar la sociedad sobre las bases por ellos deseadas.

En el proceso histórico interpretado como lo hemos hecho en este capítulo, hay lugar para una gran revolución. Su objeto es expulsar de la sociedad a los pseudo organizadores que no son otra cosa que usurpadores; destruir las instituciones de violencia existentes, y las que puedan surgir, y lograr que la sociedad pueda organizarse sobre las bases que le son propias.

XXV

Es un error muy grande y muy funesto la tendencia de los socialistas y comunistas, partidarios del Estado, de querer organizar la sociedad en los principios socialistas mediante el Estado, o sea de los gobernantes. No se puede forzar a la Historia. "Nos quieren convencer — dice Kropotkin — a pesar de los fracasos, que la maquinaria vieja, el organismo viejo, que se ha formado en el transcurso de la historia con el fin de matar la libertad, de someter la personalidad, de hallar para la opresión fundamentos legales, de oscurecer los cerebros humanos, habituándolos paulatinamente a la esclavitud del pensamiento, por un milagro resultará repentinamente útil para otro fin: se convertirá de improviso en instrumento y en cuadro dentro del cual se creará la nueva vida, se establecerá la libertad y la igualdad en el terreno económico, llegará el despertar de la sociedad y la conquista, por ella, del porvenir."

¡Qué absurdo! ¡Qué incomprensión de la historia! Para permitir el libre y amplio crecimiento del socialismo es necesario reconstruir totalmente la sociedad, basada en el estrecho individualismo burgués. El problema no consiste únicamente, como se expresan algunos en lenguaje metafísico, en "devolver al obrero el producto íntegro de su trabajo", sino en cambiar el carácter mismo de las relaciones entre los hombres, empezando por

(4)

El puesto de Fernand Pelloutier en la evolución del sindicalismo

de carpas: decían unas palabras acogidas por todos los demás diputados con hostilidad y causaban una impresión moral en vastos círculos; pero desde que los socialistas entraron en el parlamento por docenas, por cincuentenas, por centenares, ese efecto se desvaneció, hablan aquí y allí los jefes, "conscientes de su responsabilidad" y con un ojo en las posibilidades gubernamentales de su partido, lugares comunes bien redondeados, y los miembros menores holgazanean, hacen negocios, intrigan, se divierten, en una palabra, caen en la corrupción parlamentaria usual, en un vagabundaje "superior" y el buffet parlamentario se convierte en asilo nocturno. Esa ausencia total de efecto y la impotencia de los muchos nuevos diputados elegidos en 1893 la advirtieron en 1894 y 1896 particularmente los alemanistas franceses (una ramificación algo más radical del posibilismo) y surgieron fuertes corrientes *antiparlamentarias* que no eran de ningún modo anarquistas, aunque naturalmente contribuyeron al desprecio del parlamentarismo manifestado por los anarquistas del modo más diverso — desde la bomba de Vaillant hasta el famoso artículo de Octave Mirbeau en el *Figaro* (28 de noviembre de 1888), *La huelga de electores*, que fué repartido en grandes masas como manifiesto por la *Révolution* — la destrucción de la superstitión parlamentaria, a que se aferraban fanáticamente sobre todo los guesdistas, que habían puesto mano firme en los trabajadores del Norte de Francia...

Unicamente por medio del arma legal del sufragio universal será ineludible el ejército colectivista y se conver-

las relaciones del simple ciudadano con el alcalde o el jefe de estación y terminando por las relaciones entre distintos oficios, ciudades y regiones. En todas las calles, en toda aldea, en todo grupo de hombres reunidos en torno a una fábrica, o estación ferroviaria, debe despertarse el espíritu de creación y organización para que en la fábrica y en la estación, en la aldea y en el depósito de productos, en la producción, en el consumo y en la distribución se reconstruya todo de nuevo. Todas las relaciones entre el individuo y los grupos de hombres deberán ser modificadas desde el momento que resolvemos atentar por primera vez contra la organización social actual y sus instituciones comerciales y administrativas.

Este trabajo gigantesco que exige la libre actividad de la creación popular, quieren encajarlo en los marcos estrechos del Estado, quieren ponerlo dentro de los límites de la organización piramidal que forma el Estado! Del Estado cuya sola razón de ser consiste precisamente en la opresión del individuo, en la destrucción de toda agrupación separada, de toda creación libre, en el odio hacia toda iniciativa personal y en el triunfo de una idea única (que necesariamente deberá ser la idea de la mediocridad), de este mecanismo de opresión por excelencia ¿quiere hacer; un instrumento de la transformación gigantesca! ¿Quiéren realizar toda la renovación social mediante decretos y mayorías electorales! ¡Qué ingenuidad!"

Todo Estado, aunque sea una república con un gobierno socialista a la cabeza, conserva las añejas instituciones nocivas: la autoridad y la propiedad. Por eso es que todo Estado es conservador por naturaleza. Ejemplo de ello puede ser el gobierno actual de Rusia, que afianza el poder, por más que sus componentes hablen de anarquismo como de una etapa sucesora del actual estado de cosas, y que dará por fin a la humanidad la libertad deseada.

El Estado moderno, por lo mismo que es Estado, conserva, y no puede menos, la explotación del hombre por el hombre. Conserva la propiedad de los medios de producción aun cuando despoja a los propietarios particulares de las empresas industriales y las pone en manos del Estado. Las fábricas del Estado, siempre serán del Estado, así como antes fueron de los particulares, pero en ningún caso serán patrimonio de la sociedad. Lo mismo con las tierras. Y la tutela que ejercen los gobiernos modernos sobre el obrero, como si éste fuera un chiquillo, de-

bilita su iniciativa y su actividad y despierta falsas esperanzas, por cuanto la obra de la reconstrucción de la sociedad: sobre los libres principios, es obra de millones de seres humanos y no de gobernantes, impotentes siempre para crear algo nuevo.

XXVI

Los anarquistas comunistas rechazan todo proyecto de Estado socialista con el que, aunque raramente, tratan los socialistas de seducir a los obreros. Comentamos brevemente estos proyectos, haciendo notar de paso que los comunistas bolcheviquis organizan en Rusia un Estado socialista aunque lo consideran, según ellos, casi exclusivamente, como una máquina para destruir el viejo Estado burgués, en el lugar del cual se establecerá, en un futuro más o menos lejano, la organización anarquista de la sociedad. Es necesario indicar, sin embargo, que el gobierno bolcheviqui de Rusia, lejos de despertar en la población los sentimientos y cualidades necesarias para crear y convivir en una sociedad anarquista, hace todo lo posible para ahogarlos.

El Estado socialista no se distingue en substancia del gobierno burgués: la misma autoridad y la misma necesidad de ella.

Una sociedad donde existe la desigualdad económica no puede prescindir del gobierno: he ahí por qué también en una sociedad socialista, donde no habrá igualdad económica, sino que habrá ricos y pobres, existirá el gobierno y habrá necesidad de él. El gobierno es inherente a la sociedad socialista en el mismo grado que es incompatible con una sociedad anarquista comunista. Guillaume expone del modo siguiente la opinión de Switzgebel sobre el Estado socialista: "El mundo socialista se divide en dos grandes corrientes de ideas: una, que se inclina hacia el gobierno obrero; otra, a la federación de las comunas. Nos dicen que el Estado obrero dirigido por la clase obrera no tendrá el carácter opresivo y explotador del Estado burgués y será el agente económico, el regulador de los servicios públicos."

Pero toda esta dirección estará en manos de elegidos, habrá un parlamento obrero elegido por el sufragio universal, habrá mayoría que promulgará leyes para la minoría. El Estado obrero tendrá el poder coercitivo para obligar a cumplir las leyes, sofocará toda tentativa de subrección: tendrá gobierno, fuerza armada, policía, tribunales, etc. Este Esta-

dos informes presentados al congreso de las Bolsas en Nimes (junio de 1895), en uno de los cuales se declara anarquista. Escribió entonces también una gran serie de exposiciones de la evolución hasta entonces y de las perspectivas sobre la actividad ulterior en *Temps Nouveaux*, el periódico anarquista que reaparecía desde mayo de 1895, continuación de *La Révolte* y del *Révolté*, o sea *La situación actual del socialismo* (29 de junio de 1905), apareció el 6 de julio; otros el 3 y el 24 de agosto, el 14 de septiembre; *El anarquismo y los sindicatos obreros*, 20 de octubre y 2 de noviembre; todavía el 18 de enero y el 5 de septiembre de 1896, después de lo cual, si no me equivoco, no apareció más allí.

De 1895 es el folleto de Henri Girard y Fernand Pelloutier, *Qu'est ce que la Grève générale*, difundido por el *Comité de la Grève générale* (París, Imprimerie J. Allemane y su Librairie socialiste, 16 págs. 8.); de 1896: *L'Organisation corporative et l'Anarchie. Plan de Conférence* (Publications di groupe L'Art social), 19 págs. en 12°. *L'Art social* era un periódico que apareció desde noviembre de 1891 a febrero de 1894 y que volvió a aparecer en julio de 1896. Pelloutier pronunció para ese grupo el 30 de mayo de 1896 su conocida conferencia *L'Art et la Révolte*, que apareció entonces como folleto, 32 págs., 16°. Había escrito en 1894 en el *Revue socialiste* sobre *Monogamia y amor libre* y sobre *La mujer en la sociedad actual*. Según esto su declaración pública de anarquismo corresponde a mediados de 1895 o algo anteriormente y no pudo tener lugar antes, pues desde los primeros meses de 1894 hasta la primavera de 1895 la prensa anarquista en Francia fué suspendida; no me es posible constatar ahora si Pelloutier escribió en ella antes, en 1893-94.

Algunos trabajos posteriores son *Les Syndicats en France* (París, Librairie ouvrière, 11 rue des Deux Ponts, 31 págs.). Este apareció en la editorial del periódico fundado por él, *L'Ouvrier des deux Mondes*, desde el 1 de febrero de 1897 a julio de 1899, 25 números; se transformó en *Le Monde ouvrier* (1899), sobre lo cual

do dispondrá de más autoridad de la que dispone el Estado moderno, desde que el Estado socialista concentrará en sus manos todo el poder económico, y coartará, en consecuencia, la libertad de individuos y grupos".

Es en vano que la palabra "Estado" se substituya por las de "el proletariado, que tomará el poder en sus manos". En el "manifiesto de la Asociación Internacional" escribió Carlos Marx lo siguiente (1864): "el proletariado debe concebir los instrumentos de producción en manos del Estado, o sea el proletariado, elevado a condición de clase dominante". "¿Se pregunta—dice Bakunin—si el proletariado será la clase gobernante, a quién gobernará? Esto significa que quedará otro proletariado que está sometido a este nuevo gobierno. Este otro proletariado bien podrá ser la masa campesina, la que, como es sabido, no goza del favor de los marxistas y que en un grado inferior de cultura será probablemente gobernada por el proletariado fabril".

Y más adelante: "¿Acaso todo el proletariado gobernará? Los alemanes se calculan en unos 40 millones. ¿Acaso todos estos 40 millones serán gobernantes? Todo el pueblo gobernará y no habrá gobernados. Entonces no habrá gobierno. Pero, habiendo gobierno, habrá gobernados, habrá esclavos. Este dilema insoluble en la teoría marxista lo resuelven ellos de un modo muy simple. Bajo el gobierno por el pueblo entienden ellos el gobierno del pueblo por un pequeño número de representantes elegidos por el pueblo".

Los socialistas dicen que un Estado tendrá por objeto la dirección de las cosas y no de los hombres. Pero todo el que se tome el trabajo de pensar en lo que se oculta detrás de estas frases verá claramente toda su inconsistencia, comprenderá que la dirección de las cosas la reducirán los gobernantes socialistas al gobierno de los hombres. También ahora gobiernan los capitalistas a los hombres gracias a que son dueños de las cosas, de los medios de producción y de los productos.

¿Quiénes serán, entonces, los dirigentes del Estado socialista? A esto respondió abiertamente Bebel en un discurso pronunciado en el Congreso de Hannover (10 de octubre de 1899): "en lo que se refiere — decía — a la falta de intelectuales que tanto se menciona, os diré, compañeros, que cuando nos toque tomar las riendas del poder, a mí, al menos, no me preocupa la falta de ellos. ¿Qué

harán los intelectuales que hayan estado hasta entonces en las filas de la burguesía? ¿Creeis que los empleados públicos, los técnicos, ingenieros, etc. se declararán en huelga y se negarán a trabajar con nosotros si les ofreciéramos un puesto y mejor salario? No solamente éstos, sino hasta altos funcionarios y quizás ministros vendrán con nosotros. La burocracia es la directora de la máquina. Nosotros lo que haremos es reformar esta máquina y entonces marchará mejor que ahora".

¿Qué se entiende entonces por gobierno proletario? Ya lo dijo Bebel: el gobierno de los intelectuales y burócratas.

Kautsky, a su vez, nos habla del Estado socialista futuro. Indica que después de la revolución social quedarán grandes rentas y grandes fortunas que el proletariado gravará con altos impuestos. Los capitalistas conservarán, aun después de la revolución, sus empresas y exigirán del gobierno que estas empresas altamente gravadas sean por él rescatadas.

Entonces, estas empresas pasarán mediante compra a manos de las sociedades de consumo, asociaciones obreras, comunidades, Estado, pero los socialistas tratarán de hacer que la mayoría de las empresas capitalistas sean adquiridas por el Estado y las comunidades.

Los obreros percibirán salarios que en los primeros tiempos no serán muy elevados, pero que crecerán con las nuevas generaciones. "En la sociedad socialista — continúa Kautsky — pueden existir las más distintas formas de empresas: burocrática, trademonista, cooperativa, individual, las más distintas formas de compensar el trabajo: sueldo fijo, salario variable, por pieza, participación en las ganancias del ahorro de la materia prima, de las máquinas, etc.; participación de las ganancias del trabajo intensivo; las más distintas formas de convertir los productos: contratos de abastecimiento, compra en los depósitos del Estado, de las comunas, cooperativas o de los productores mismos, etc., etc." Se sobreentiende que en una sociedad semejante la autoridad coercitiva, más que necesaria será inevitable. Una sociedad socialista basada en estos principios no podrá prescindir del gobierno.

Toda vez que los socialistas estatales de cualquier escuela intentan describir o llevar a la práctica su "Estado socialista", sus fantasías o "previsiones" no van más allá del capitalismo de Estado, al que erróneamente denominan "socialismo".

XXVII

En las páginas de las publicaciones de los comunistas bolcheviques y en los discursos de algunos de ellos encontramos protestas contra el anarquismo; protestas originadas por una interpretación errónea del anarquismo. Asegura, por ejemplo, que los anarquistas son partidarios de pequeñas comunidades, compuestas cada una por pocos miembros; y que, por consiguiente, la gran industria no tiene cabida en la sociedad anarquista. También nos dice que los anarquistas quieren decretar la abolición del gobierno. Vemos así que Bujarin, en su libro "Programa de los comunistas bolcheviques", editado por el Partido Comunista Ruso, hablando del anarquismo, dice lo siguiente: "los anarquistas creen que los hombres vivirán mejor y más libres cuando desmenucen toda la producción en pequeñas comunas de trabajo. Se forma, voluntariamente un grupo de 10 hombres para explotar una determinada rama de la producción. ¡Pues nada mejor! En otra parte surge otro grupo semejante, más allá otro más. Estos grupos empiezan después a relacionarse; a un grupo falta una cosa, a otro otra. Acaban, poco a poco, por entenderse, hacen pactos libres... y toda la producción se desenvuelve en estas pequeñas comunas".

"La comuna anarquista no es la colaboración de dos oprimidos, sino un grupo que puede componerse hasta de dos miembros. En Petrogrado hubo un grupo anarquista que se llamó "Unión de los cinco oprimidos". La teoría anarquista admite hasta uniones de dos oprimidos. Imaginaos lo que sucedería si cada cinco o cada diez personas empezara, por su cuenta y riesgo, a requisar, confiscar y después trabajar independientemente de los demás. En Rusia hay unos 100 millones de trabajadores. Si todos se dan a organizar "Uniones de cinco oprimidos" se formará en Rusia 20 millones (y cada millón es mil veces mil) de comunas semejantes. Imaginaos la confusión babilónica que se originaría si estos 20 millones de comunas empezaran a trabajar independientemente".

Todo lo dicho por el bolchevique que acabo de mencionar son puras divagaciones. Nada de eso enseña el anarquismo. Empecemos por la "Unión de los cinco oprimidos". Esta unión albergaba en su seno un número de personas mucho mayor del que indicaba su título, por cuanto bajo el nombre de "cinco oprimidos" se entendía, no cinco personas, sino cinco grandes categorías de oprimidos: 1—La

clase obrera; 2—Los pueblos oprimidos; 3—Las mujeres; 4—Los niños; 5—El individuo. De lo cual se deduce que en la "Unión de los cinco oprimidos" que Bujarin toma como demostración de la pequeñez de las comunas que los anarquistas pregonan, tiene cabida la mayoría de la humanidad.

BIBLIOGRAFIA

The Official Bulletin of the Sacco-Vanzetti Defense Committee. Boston, octubre, 1926.

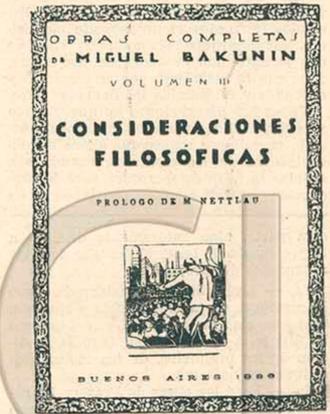
Fernando Recarey (Fernando R. Ortega). — Cantos del pueblo, 32 págs. Ed. "La Palestra", Buenos Aires, 1927.

Bezvestié, órgano mensual anarquista comunista en idioma búlgaro, Año I, número 1, noviembre, Buenos Aires.

Sembrando Ideas, Año IV, número 54, noviembre. Publica la novela de Adrián del Valle, Juan sin Pan, Buenos Aires.

La vacuna y sus funestas consecuencias, 2a. edición, 32 págs. Bs. Aires, 1926.

El libro y el pueblo, enero a junio de 1926 Boletín bibliográfico editado por la secretaría de educación pública de México (México).



Un tomo de 350 páginas, \$ 1.50

no estoy ahora orientado. El Congreso de las Bolsas de Toulouse, 1897, había hecho del periódico su órgano oficial, pero la falta de medios y su traslado del centro de París a una localidad del campo entonces, exigido por su enfermedad, mataron ese interesante periódico, al que le siguió desde el 1 de diciembre de 1900 el órgano de la C. G. T., que apareció después muchos años, La Voix du Peuple; y más tarde aún, desde el 15 de octubre de 1909 vio la luz una revista parecida al periódico de Pelloutier por su esencia, la Vie ouvrieré, publicación mensual redactada por Pierre Monatte. En 1899 colaboró Pelloutier en el diario de Sebastien Faure producido por el asunto Dreyfus, Le Journal du Peuple, que apareció a partir del 6 de febrero; el último número que conozo de esa publicación es el 299 del 3 de diciembre. Entonces escribí un esbozo de la evolución de las Bolsas del Trabajo para la Revue politique et parlamentaire de París; este trabajo lo amplió luego y lo convirtió en la Historia de las Bolsas del Trabajo ya mencionada, que apareció después de su muerte.

En 1900 apareció aún una consideración sobre el congreso de las Bolsas del Trabajo en Le Mouvement socialiste y Le Congrès général du Parti socialiste français, 3-8 décembre 1899, con una Carta a los anarquistas (París, P.—V. Stock, 1900, IX, 72 págs. 18.); del contenido de la carta no me recuerdo ahora. No puedo constatar tampoco qué texto francés es el folleto italiano Sindicalismo e Rivoluzione sociale, que apareció varias veces con un prefacio de Pietro Gori (Roma y Florencia, 1905, 1908; 16 págs. 8.).

L'Art et la Révolte (El arte y la rebeldía) es también un volumen de poesías aparecido en la editorial de Pelloutier, rue des Deux Ponts, 1898: De la Colère, de l'Amour et de la Haine (De la cólera, del amor y del odio), por Jean Réflée (XVI, 59 págs., 12.); quién era Jean Réflée — ¿un pseudónimo? — no lo sé. Dave menciona aún un pequeño folleto sobre el arte dramático, una indicación para la organización de un teatro del pueblo.

Con todo eso halló Pelloutier tiempo para elaborar con su hermano una descripción de la vida obrera en Francia. Había sido ya anunciada en 1895 como Le Travail et la Vie ouvrieré en France, pero apareció, después de preparaciones en su periódico, tan sólo en 1900 como La Vie ouvrieré en France. A este objeto, que habían cultivado hacía muchos años Corbon, Pierre Vincard, luego la tendencia conservadora de Le Play, se consagraron los hermanos León y Maurice Bonneff intensivamente y con el más hermoso éxito. La guerra los desentónó a ambos y ahora ese aspecto es representado sólo en cierto grado por Pierre Hamp. Puedo observar aquí que los periódicos sindicales de todos los países y de todas las ramas de oficio tal vez no perjudicarían su causa ni se perjudicarían a sí mismos si atendiesen esencialmente más a ese dominio descriptivo, que está siempre ligado a la exposición de tantos males y dolores. Presuponen que para todos sus lectores eso es conocido y que a otras gentes no interesa ni les importa nada. Ahora bien, por eso son sus periódicos cerrados diversamente para otros, y extraños, y quedan inobservados. Así como los pueblos no se conocen entre sí y habría que hacer todo lo posible para que se conocieran, también los trabajadores de las distintas ramas de oficio se conocen demasiado poco y algunas veces serían más aproximados por las miradas reales en la vida recíproca que por ideas abstractas comunes y por la mera catalogación organizadora. Además se aproxima el tiempo en que — esperémoslo — los trabajadores recibirán en sus manos toda la realización del proceso productivo y distributivo y en que expulsarán a todos los parásitos estatales y privados. Pero para ello, entre otras cosas, es necesario mucho conocimiento efectivo, un resurgimiento radical de la unilateralidad del obrero que vive en el círculo de su rutina cotidiana uniforme, etc. En todas esas relaciones los retratos vivientes de la vida real, como supieron hacer los hermanos Bonneff y algunos otros, serían instructivos, estimulantes y nos aproximarían espiritualmente a nuestro objetivo final.

Antes de mencionar algo de los escritos de Pelloutier y decir algunas palabras de su actividad en conjunto y de lo acontecido después de él, quiero citar algo personal de su vida interiormente tan rica, exteriormente tan pobre, enferma y pronto en vías de apagarse.

Lo ví una vez en 1896 en Londres, durante la semana del congreso socialista internacional. Acudí con muchos delegados franceses, alemanistas (entonces antiparlamentarios) y sindicalistas, y por reaccionariamente que transcurriese el congreso como conjunto, en la gran sección francesa se vio frente al socialismo político, al guesdismo y al millerandismo, una oposición hábilmente conducida por Pelloutier, Pouget y otros, pero realmente realizada por todos sus compañeros con placer y alegría, en la que no se había pensado. Se zurró magníficamente a los diputados, de los cuales, por ejemplo Millerand, promovió entonces la pretensión singular para el congreso de que no necesitaba credencial, pues los votos de sus electores le delegaban por sí mismos para la participación en todos los congresos, y otras cosas por el estilo: esos señores diputados, que se consideraban como una clase social superior, oyeron entonces más de una verdad. ¡Ciertamente, por natural que fuera la ruptura con esas gentes, que se produjo entonces, gracias a la ignorancia y a la paciencia de los pueblos, están todavía ahí!

El pobre Pelloutier, con su rostro corroído por el lupus, presentaba un aspecto lamentable, pero parecía alerta, firme y con alegría para el trabajo. Vivía en gran pobreza: su sueldo en las Bolsas del Trabajo eran — según Yvetot, — primeramente cero, luego 25 francos por mes, luego 50, por último 100; este último sueldo, 100 francos, tan sólo en 1900, por tanto el mayor tiempo nada, luego 300, luego 600 francos por año por un trabajo cotidiano de muchas horas como secretario de las Bolsas. Dave lo describe en 1898 en la mísera vivienda de la rue des Deux Ponts, tratando de aumentar algo sus entradas, aquellos 600 francos, pues, por medio de copias y traducciones. Su salud se quebrantó desde luego enteramente, la tuberculosis laringea progresó. De los